

ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción	15
Agradecimientos	21
Abreviaturas	23

PRIMERA PARTE: LA HISTORIA

Anatomía de la misión olvidada y la caída en 1640-41	27
En marcha hacia la primera línea: comienza la misión	27
¿La marca de Saavedra resplandece lustrosa y pulida?	31
Preparando el terreno: el triángulo estratégico de la Casa de Austria.....	36
El vínculo divino y mortal del Sacro Imperio Romano Germánico	40
La apologética de una dinastía en decadencia: un eslabón perdido.....	47
Ardides, divisiones y crisis en la embajada española	52
Noticias inquietantes en Europa: el residente toma medidas.....	61
El ensayo de Saavedra desencadena una reunión indecorosa del Consejo Privado.....	69
Una carta a Olivares y un plan B para el mundo.....	71
La emperatriz, en activo contra los detractores militares	75
El equipo bajo control: el virrey reafirma su autoridad.....	78
Crecientes tensiones en torno al estadista.....	80
La Junta de Estado y Guerra en Bruselas toma las decisiones.....	84

Vencido por la política: la resistencia y la rendición de una mente celosa	87
Déjà vu: colapso personal en Münster, 1645-46.....	93
Un legado cambiante en el tenue espejo de la historia	101
Venganza: propaganda contra el propagandista	101
¿Leyenda negra o dorada? El traje nuevo del diplomático	107
1640: carreras e imperios en la encrucijada.....	114
Formas de recordar: metodología	125
Notas sobre la metodología.....	125
Revisión de fuentes escritas por o para Saavedra.....	125
Enfoque comparativo	128
Los mecanismos institucionales a través de los archivos	133
Condiciones permanentes frente a variables de evolución y desarrollo	134
Humanidades digitales y reducción de barreras científicas	135
Archivos y bibliotecas	137
Archivos y colecciones de manuscritos	137
Austria	137
Bélgica	138
República Checa	138
Francia.....	138
Italia	138
España	138
Reino Unido.....	139
Fuentes impresas	139
Bibliografía	141
Criterios de la edición.....	152

SEGUNDA PARTE: LAS FUENTES

Siete ensayos políticos de 1640: textos y repercusiones.....	157
A. Localización y descubrimiento de los ensayos	157
B. Siete ensayos políticos desde 1640	161
1. Si el Emperador debe socorrer los Países Bajos	161
2. Estado del Imperio en 1640 y los medios para su reparo	164
3. La Providencia divina y la unión de la Casa de Austria	175
4. Juicio sobre las negociaciones en la dieta de Ratisbona	184

5. Si el Rey de España debe conceder pasaportes a holandeses	187
6. Propuesta de paz al Conde-Duque de Olivares	190
7. Razones para obtener cuarteles de invierno para las tropas de España en el Imperio.....	192
C. Repercusión.....	194
1. Informe sobre la sesión del Consejo Privado durante la cual se trató el ensayo de Saavedra.....	194
2. La opinión del cardenal-infante sobre los ensayos	195
3. La opinión de Olivares sobre La Providencia divina y otros ensayos.....	197
4. Opinión de Juan Antonio de Vera, el conde de La Roca, sobre un documento o carta desconocido de Saavedra.....	199
5. El informe de La Fuente sobre cómo la embajada española convenció al emperador y sus ministros para que aceptaran el ensayo y ayudaran a los Países Bajos españoles y concedieran acceso a los cuarteles de invierno	200
D. Variantes textuales de los ensayos	204
Documentos no publicados relacionados con las caídas de 1640-41 y 1645-46	213
A. Documentos relacionados con la destitución y la reasignación de Saavedra Fajardo de Ratisbona, noviembre de 1640 - febrero de 1641	213
1. Solicitud a Melo para valorar a Saavedra y su puesto	213
2. La valoración de Melo sobre Saavedra y su puesto	214
3. Decisión de la Junta de Estado y Guerra	216
4. La opinión de Roose sobre las misiones propuestas para Saavedra	217
5. Informe de la junta al cardenal-infante	217
6. Saavedra a Salamanca	218
7. Saavedra a Salamanca	218
8. El cardenal-infante a Saavedra y La Fuente.....	219
9. Decreto de la junta a Pierre Roose.....	220
10. Salamanca a Saavedra	220
11. Saavedra a Salamanca	221
12. Saavedra al cardenal-infante.....	221

13. Melo al cardenal-infante	222
14. Acta de la Junta de Estado y Guerra	227
15. El cardenal-infante a Saavedra	232
B. Documentos relacionados con la destitución y la reasignación de Saavedra Fajardo de Münster, febrero de 1645 – septiembre de 1646	233
1. Fernando III a Castel Rodrigo.....	233
2. Galarreta a Salamanca	234
3. Castel Rodrigo a Felipe IV	234
4. La consulta del Consejo de Estado.....	234
5. Grana a Fernando III.....	236
6. Felipe IV a Peñaranda.....	237
7. Grana a Fernando III.....	237
8. Fernández del Campo a Salamanca.....	239
9. Castel Rodrigo a Peñaranda.....	240
10. Fernández del Campo a Salamanca.....	240
11. Castel Rodrigo a Peñaranda.....	241
12. Peñaranda a Felipe IV.....	241
13. Peñaranda a Coloma.....	243
14. Castel Rodrigo a Peñaranda.....	243
15. Castel Rodrigo a Peñaranda.....	244
16. Castel Rodrigo a Peñaranda.....	244
17. Saavedra a Grana	245
18. Grana a Fernando III.....	245
19. Saavedra a Lamberg.....	246
20. Saavedra a Lamberg.....	247
Otros ensayos y textos, 1637-1646	249
1. El informe detallado de Saavedra sobre Trauttmandorff y la política imperial.....	249
2. Informe de Saavedra sobre una reunión con ministros imperiales.....	253
3. Saavedra a Sarmiento.....	256
4. Sarmiento a Saavedra.....	257
5. Sarmiento al cardenal-infante	264
6. La opinión de Saavedra sobre la junta ideal.....	272
7. Castañeda a Saavedra	274

8. Saavedra al cardenal-infante.....	275
9. Saavedra a Salamanca.....	275
10. Saavedra a Salamanca.....	276
11. La Fuente y Saavedra a Castañeda.....	276
12. Castañeda a Fernando III.....	279
13. La Fuente a Fadrique Enríquez.....	280
14. Felipe IV a Saavedra.....	283
15. Trauttmansdorff a Saavedra.....	283
16. Saavedra al cardenal-infante.....	284
17. Saavedra a Castañeda.....	284
18. Saavedra a Felipe IV.....	285
19. Saavedra al cardenal-infante.....	286
20. Saavedra a Felipe IV.....	287
21. Saavedra a Olivares.....	289
22. Consulta del Consejo de Estado.....	291
23. Saavedra a Felipe IV.....	292
24. Saavedra a Olivares.....	294
25. El cardenal-infante a Saavedra.....	295
26. Saavedra a Felipe IV.....	295
27. Consulta de la Junta de Estado y Guerra.....	296
28. Saavedra al cardenal-infante.....	297
29. Saavedra a Felipe IV.....	299
30. Saavedra a Felipe IV.....	300
31. Saavedra a Felipe IV.....	302
32. El cardenal-infante a Saavedra.....	303
33. Saavedra a Felipe IV.....	305
34. Saavedra al cardenal-infante.....	305
35. Saavedra a Melo.....	306
36. Felipe IV al cardenal-infante.....	308
37. Saavedra al cardenal-infante.....	309
38. Saavedra a Salamanca.....	310
39. Saavedra al cardenal-infante.....	311
40. Saavedra a Salamanca.....	312
41. Saavedra a Salamanca.....	313
42. Saavedra al cardenal-infante.....	313
43. Saavedra a Lamberg.....	314

Saavedra Fajardo y el mito de la diplomacia ingeniosa

44. Saavedra a Lamberg.....	315
45. Saavedra a Lamberg.....	315
46. Saavedra a Lamberg.....	316
47. Saavedra a Lamberg.....	316
48. Saavedra a Lamberg.....	317
49. Saavedra a Lamberg.....	318
 Anexo. Índice de nombres.....	 319

PRÓLOGO*

La figura de don Diego de Saavedra y Fajardo ha ocupado por lo general un lugar destacado en la historiografía española. Además de sus méritos personales como escritor y diplomático, en realidad su mayor atractivo es el de haber pertenecido a la generación que vivió la última etapa de la hegemonía hispánica y la primera de su decadencia. Para los vasallos de Felipe IV no resultó fácil entender, primero, y aceptar, después, el profundo cambio experimentado por España en solo veinte años, el periodo que fue de las rebeliones de Cataluña y Portugal en 1640 a la Paz de los Pirineos en 1659.

Naturalmente, el declive español no fue tan repentino. Las causas del colapso fueron mucho más profundas y complejas: falta de recursos humanos y económicos, escasa integración de los territorios, rigidez social e ideológica, enemigos excesivos, errores políticos. Pero la generación de Saavedra, a pesar de conocer bien estos problemas (problemas que España compartía con otros países), resultó sorprendida y conmocionada por el carácter abrupto y casi revolucionario de la crisis imperial que explotó en 1640.

Fue lógico: aunque todos los observadores de la época sabían que el poder español estaba llegando a su fin, nadie había profetizado que la causa definitiva del derrumbe no tendría su origen fuera de la Monar-

* Esta investigación recibió el apoyo del grupo *Lendület* (Impulso) Corona Sacra del Instituto de Historia, Centro de Investigaciones de Humanidades de la Academia de Ciencias de Hungría.

quía Hispánica, sino en su propio corazón, en la Península Ibérica. De este modo, el trauma fue más profundo, pues a la rapidez del colapso se unió la conciencia de un fracaso más interior que exterior. Nada fue igual para España después de 1640. Aunque la Monarquía de los Austrias continuó hasta 1700, en realidad había perdido su sentido desde la mitad del siglo XVII.

Para entender mejor estos cambios y a la generación que los protagonizó, el método más seguro es consultar los documentos que aquellos españoles escribieron alrededor del año 1640. Como el autor de este libro demuestra, los escritos de Saavedra expresan el sentimiento de un mundo que estaba desapareciendo. Las cartas de don Diego aquí reunidas, muchas de ellas inéditas y encontradas en archivos de media Europa, representan una ayuda extraordinaria para los historiadores que estudian aquella época de transición. Antes del desastre de 1640, los ministros de Felipe IV cruzaban sus cartas llenas de relativa confianza o, al menos, tenían la esperanza de obtener una paz ventajosa para Madrid; después de aquel año, el tono de seguridad se transformó en temor y en acusaciones entre ellos mismos. Las tensiones entre los embajadores, los gobernadores y los generales españoles aumentaron al mismo ritmo que avanzaba la descomposición imperial. Nadie quería asumir la responsabilidad del colapso. Todos pensaban en volver a España y abandonar la política. Las cartas –y la vida– de Saavedra y su círculo lo demuestran.

El reciente aniversario del inicio de la Guerra de los Treinta Años supone una excelente oportunidad para reflexionar sobre los conflictos europeos, sobre el coste de la violencia y sobre el destino de los imperios. También es un buen momento para analizar el peso del factor humano en situaciones tan graves y extremas, cuando el rey, el diplomático o cualquier ministro deben tomar una decisión urgente sin tiempo para pensar y sin suficientes instrucciones. Las condiciones podían resultar terribles para un gobierno, pero al final eran los miembros del gobierno quienes tenían que elegir un camino u otro. Saavedra Fajardo vivió muchos de aquellos momentos. Quizás por eso, la historiografía lo había idealizado, presentándolo como un embajador de primer nivel, culto y experimentado, pero víctima de una coyuntura infeliz. Actualmente, sin embargo, la visión sobre don Diego es más

moderada, pero sin olvidar sus méritos intelectuales, como demuestra la reciente creación de la «Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico», dirigida por un grupo de investigadores que estudian la tradición política española a lo largo de la historia. Se trata de un bello homenaje que, sin duda, habría gustado a don Diego. En esta misma línea, el autor de esta obra nos ayuda a entender mejor la persona y el trabajo de don Diego, no tan brillante como algunos historiadores han pretendido, pero tampoco un ministro común: su fe en la reputación de España, su catolicismo pragmático, su individualismo a la hora de negociar, su conciencia moderna sobre el valor de la propaganda y su amor a las letras nos hablan de un personaje de transición, atrapado entre los años de la hegemonía española y los del repliegue y el retroceso. Probablemente no hubo en todo el siglo xvii una generación tan interesante como la suya.

RAFAEL VALLADARES

Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, CSIC

INTRODUCCIÓN

Este libro estaba destinado a ser la edición crítica de varios ensayos inéditos de un hombre de letras, moderno y de renombre: Diego Saavedra Fajardo (1584-1648), escritor, jurista, teórico político y diplomático español. Tras las primeras semanas de preparación me di cuenta, repentinamente, de que necesitaba reestructurar por completo el alcance original de la obra. La imagen que tenía de antemano de un diplomático apasionado, aunque notablemente reservado y meticuloso, se había hecho añicos, rápidamente quedó obsoleta a la luz de los viejos manuscritos que estaba examinando. Necesitaba desmontar y reconstruir a continuación su imagen desde los cimientos mismos para llegar a un retrato más realista y fiable de él, uno que se correspondiera mejor con su reflejo, aunque obscuro, en el espejo de la historia.

El libro consiste ahora en una nueva biografía política de los años 1637-1646.

Su centro es el relato detallado de los productos intelectuales y la caída de Saavedra Fajardo durante su delicada misión olvidada entre julio y noviembre de 1640 en el Sacro Imperio Romano Germánico. Allí sirvió como residente diplomático principal de Felipe IV, rey español en la corte de su aliado internacional más importante, el emperador, y, en consecuencia, gestionó una porción significativa de las relaciones entre los jefes de las dos ramas principales de la Casa de Austria (un nombre de dinastía que fue sustituido a partir del siglo XVIII en la mayoría de los países europeos por el término equivalente de «Casa de Habsburgo»).

La tradición historiográfica ha dado por sentado que no se produjeron acontecimientos esenciales y centrales en las labores profesionales del diplomático durante ese periodo. Por lo tanto, se ha asumido que no hay razón para modificar el consenso general sobre los escritos, los logros y las prioridades principales de Saavedra durante su servicio diplomático en las tierras del Sacro Imperio Romano Germánico (1633-1646) durante la Guerra de los Treinta Años, cuando representó los intereses españoles (1) en la corte del príncipe elector, el duque de Baviera, cabeza de la Liga Católica; (2) en los cantones suizos y en el vecino Franco Condado; y (3) en las negociaciones de paz de Westfalia. Otras actividades y misiones más cortas, como, por ejemplo, las de Mantua (1638) y Ratisbona (1640-41), fueron normalmente notas secundarias o se les dio menos importancia en las investigaciones. En general, tanto su presencia como varias misiones en la corte del emperador en Viena y Ratisbona atrajeron poca atención.

Los archivos europeos revelan una historia diferente del diplomático durante este periodo de tiempo relativamente corto (menos de cuatro meses): esa etapa fue una de las más productivas y la que más le cambió la vida en su carrera en Centroeuropa. El residente, recientemente designado en la sede imperial, aunque se quejaba constantemente de la falta de instrucciones e información, estuvo a la altura del desafío a su propio estilo, produciendo, más allá de las correspondencias diplomáticas normales, un número aún desconocido de documentos conservados en varios archivos: votos en la dieta, ensayos y una serie de análisis de la situación vigente, con todos estos subgéneros imbricados.

El estudio de una amplia variedad de documentación archivada en distintos países, principalmente en Bruselas (Bélgica), Londres (Reino Unido), Madrid, Toledo y Simancas (España), Venecia (Italia), y Linz y Viena (Austria), me ha ayudado a comprender las circunstancias y los detalles meticulosos de las decisiones tomadas sobre su carrera y también sobre la elaboración de sus ensayos.

Las limitaciones y circunstancias externas, la política interna y sus imperfecciones y errores dieron lugar a un esfuerzo conjunto por parte de sus superiores y embajadores de alto rango que fue, en consecuencia, apoyado por los gobiernos de Bruselas y Madrid para sacarlo de

la embajada española en la sede del emperador y para «sepultarlo» –como él mismo lo expresó cínicamente– en las montañas suizas como ministro extraordinario. Además, se le negó deliberadamente, en contra de sus expectativas, casi toda autoridad y poder.

Para situar su caída en contexto presento otra caída similar, basada en los resultados de investigaciones recientes y fuentes inéditas. Esta caída, que le ocurrió cinco años después en las negociaciones de la paz de Westfalia, durante la última fase de la Guerra de los Treinta Años, arroja luz sobre su desempeño similar como negociador oficial.

El escritor español, considerado un gran profesional ejemplar por la mayoría de sus biógrafos e investigadores, estaba en la cima de su carrera y la caída no podría haber sido más amarga para él. En esos meses, en el verano de 1640, en Viena, en la casa de un diplomático que pronto se convertiría en su detractor más decidido, había terminado y prologado el que pronto iba a ser su éxito de ventas, un libro emblemático que contenía ensayos políticos, las antimachiavélicas *Empresas políticas (Idea de un príncipe político-cristiano)*, cuyas primeras copias distribuyó en Europa. Se convirtió en caballero de la Orden de Santiago, un reconocimiento largamente esperado, y recibió los honores formalmente en la catedral de Ratisbona en presencia de la élite gobernante del Sacro Imperio Romano Germánico o sus representantes.

En su nuevo papel de diplomático, el de residente de Alemania, que tenía el potencial de ser la posición más influyente que jamás había ostentado, presenció lo más cerca posible cómo España, por última vez en la historia, lanzó y aceleró a *toda* velocidad su maquinaria de guerra mundial, invirtiendo dinero en los Países Bajos españoles y en la rama centroeuropea de la dinastía para evitar una paz o una tregua desfavorable con sus principales adversarios: Francia y la República de Holanda.

El residente-ensayista facultado, plenamente consciente del estado crítico de las tierras de Felipe IV, inundó ambas ramas de la dinastía, la centroeuropea –el emperador y los miembros de su consejo– y la española –en particular, el conde-duque de Olivares, primer ministro de Felipe IV–, con algunos de sus ensayos y memoriales más maduros y osados para justificar y defender no solo los intereses a corto plazo, sino el propósito divino, el poder mundial y la unidad eterna de la Casa de Austria y un futuro significativo para Europa, según sus condiciones.

Saavedra necesitaba trabajar con los colores españoles y, mientras el dominio mundial de la dinastía se desmoronaba rápidamente, el escritor, al igual que todo el cuerpo diplomático de la Monarquía Católica, parecía encerrado en una jaula dorada de probabilidades futuras poco realistas y los mejores escenarios posibles, guiado no solo por un conjunto particular de consideraciones geoestratégicas y políticas, sino también por una visión monumental y universal de una realidad providencial gobernada por un Dios con los mismos colores; una visión compartida por Olivares, el jefe principal, la brújula y, al principio, el patrocinador del diplomático y el que, aunque esto se manifestara de forma distinta, también permanecía cerca del corazón del emperador.

El diplomático murciano intentó escapar varias veces, proponiendo un plan B para arreglar la relación con Francia, como muestra uno de los documentos editados, pero la llave de la jaula dorada fue depositada en la sede española, el Real Alcázar de Madrid, y, desde principios de 1640, sus pensamientos y propuestas rara vez eran bienvenidos y, cuando lo fueron, fue después de que las puertas para mejorar las relaciones internacionales entre la Monarquía Católica que se debilitaba y París ya se habían cerrado.

Sin embargo, todas las condiciones externas fijas no siempre importaron ni tuvieron mucho peso durante las negociaciones vitales y sensibles *in situ* entre los representantes de los estados. Los residentes y embajadores españoles tenían un espacio considerable para maniobrar y mostrar sus habilidades y capacidades, también porque la gran distancia física entre Centroeuropa, Bruselas, Italia y Madrid obstaculizaba la comunicación y, por lo tanto, impedía que los jefes de Estado interfirieran en las nimiedades.

Lo que también importaba, y a veces era lo que más, era el arte de la diplomacia y sus resultados genuinos, espontáneos y tangibles en la política internacional. Una amplia selección de fuentes recientemente encontradas muestra clara y repetidamente que Saavedra fracasó muchas veces y también revela que sus fracasos no pueden explicarse solo por la política interna, las condiciones externas o su propia voluntad, ni por las prioridades que estableció o sus decisiones deliberadas. Ahora sabemos que el dominio de Saavedra de este arte exigente estuvo muy por debajo de su dominio de la pluma. La imagen